

Violeta: un canto que se hace revolución

Autores: María Rita Guevara

mrisg@hotmail.com

Fany Escudero

fanye20@hotmail.com

Universidad Nacional de Río Cuarto

Violeta del Carmen Parra Sandoval, chilena. Violeta miembro de una prolífica familia, creciendo en un ambiente de esfuerzo y sacrificio, rodeada de arte, tuvo en su vida una preocupación intensa por los pobres y los desprotegidos viviendo en una tierra de injusticia, de poderes dominantes que no se detienen ante el dolor de su pueblo. Con su voz poética y protagonista construye la realidad de su tiempo, recrea lo que le toca vivir, escribe en primera persona y enuncia en un pacto autobiográfico. Claridad, iluminación, un canto sencillo, 'a la chillaneja', decía, pero y nada más y menos que por eso, comprometido, hundido de raíces en su tierra, por voluntad, por decisión. Ella canta para desatar nudos, dice, y si bien su pueblo no la aceptó como sí lo hicieron otros pueblos, ella tenía un propósito de mujer amante, de mujer empecinada, de mujer que no olvida y no se deja amedrentar, gritar, gritarle a su gente y a todos los que se le pusieran en frente 'la diferencia que hay entre lo cierto y lo falso', ella debía, desde su vientre de mujer que ofrenda un guerrillero a su patria, gritar y mostrar 'la prueba' que condena 'al villano' que tiene por enemigo. Su canto se propone como 'disparos' y con el primero, con empecinamiento de mujer, le seguirán otros hasta que finalmente su pueblo deje de negar lo que está ante sus ojos, despierte y se levante en un acto revolucionario.

En estos cinco poemas que traemos, que elegimos y que nos eligieron (casi diríamos que fueron sólo ellos los que nos eligieron) está Violeta, Violeta mujer, Violeta amante, apasionada, sufriente ante su gente que sufre, nos ayuda a comprender el dolor, la vida, la violencia y las instituciones de poder. Violeta sola, luchando una batalla en una guerra que termina perdiendo, en aquel momento oscuro de su vida, oscuro entre la luz, como lo dicen sus poemas. Violeta es una guerrillera que levanta su canto como un arma poderosa, por su voz, por la sencillez del verso, por la contundencia de su mensaje, sin temores. Violeta no teme, no duda, no se esconde en retruécanos por miedo, ella entiende que la revolución se hace de frente, hablando claro, hablando directo a su pueblo. Y si es necesario pararse delante, en el frente de batalla, ella lo hace con seguridad, sin medias tintas, y dirá a viva voz lo que piensa, lo que sabe y que por saberlo no debe guardar. Es un servicio a la patria, su canto es un servicio a la patria pero es un servicio tan íntimo, tan de ella, entregándose a él en todo él. Porque no es posible, no es verdadero el amor si no se deja la piel y la carne, si no se firma

con nombre y apellido. Sólo son útiles los soldados que no temen y que levantan la espada mientras se desgarran en el clamor de la libertad. Si eso cuesta la vida, lo vale, si eso cuesta la sonrisa, 'más bien venga la muerte/ que seguir viendo este ejemplo', dice ante 'tanta criatura/ peleando ya en este infierno'. En estos poemas Violeta desata la tristeza ante el dolor de su gente, su tristeza ante su patria castigada, la patria de los héroes de la revolución ahora oprimida por vende patrias. En ellos nos desata la prueba de culpabilidad de este que ella llama el 'villano' y nos va presentando los personajes de esta historia de víctimas y victimarios. Sus poemas relacionan los sentimientos con las emociones, los primeros conectados a los afectos, en cambio, los segundos, con lo físico, percibir a través de los sentidos, el miedo, la angustia, la tristeza, la pena y la desesperanza se hace cuerpo. Los sentidos se agudizan, las sensaciones se hacen piel y aparecen en **'La denuncia'** los propósitos de su canto, sin embargo, esta simple denuncia, fundamental para comprender el sentido de la revolución, es sólo el primera paso para el verdadero fin de su canto, dice 'Yo canto a la diferencia' y la diferencia supone poner en pie a su pueblo, despertarlo del adormecimiento, del engaño en el que lo mantienen sus opresores. De pronto advertimos que las verdades, en realidad, ya están dichas, que simplemente denunciar no es suficiente, que para iniciar la revolución es necesario que el pueblo abra los ojos y se anime a tomar el destino en sus manos. Los opresores se valen del aturdimiento para mantener controlado al pueblo, un aturdimiento fruto del miedo, del terror, entonces, Violeta entiende que sólo queda la esperanza en el futuro, en la sangre nueva y en las madres capaces como ella de entregar al fruto de su vientre para hacer realidad un futuro de justicia. Lo dirá en **'Hace falta un guerrillero'**, un canto a la mujer y a su capacidad de darlo todo por amor a su tierra, la mujer cuando las cosas requieren soluciones radicales e inmediatas por amor a lo suyo, sabe sacrificarlo todo, sin dudas ni diplomacias. En **'Miren cómo sonrían los presidentes'** el llamado es a su pueblo para que en un gesto revolucionario de voluntad miren la realidad, la que diariamente se niegan a ver. No sólo es una provocación, que sí lo es, porque todo en Violeta es provocativo, es una sacudida para despertar y reconocer lo que está ahí, directamente ante los ojos. Porque el pueblo ya no debe dejarse engatusar, no debe dejarse manipular, no debe jugar el juego de los poderosos. Debe estar advertido de que en nadie debe confiar, que ni siquiera los que se autodenominan los protectores de los pobres son capaces de salir del círculo perverso de la dominación. Son grandes los intereses y es tan frágil el pobre, está tan desprotegido que es sencillo manipular. Una voz potente, enojada, dolida, ofendida es la de **'Porque los pobres no tienen'** y el título es suficiente para comprender de dónde provienen esos sentimientos. La iglesia como órgano de poder es la última máquina perfectamente aceitada para jugar con el destino de los pobres. Cómo no sentir terrible dolor.

El canto de Violeta es un violento sacudón revolucionario. Directo, sin medias tintas ni sublimación, su voz se levanta con un propósito tan claro, tan certero que se instaura y encarna una poética que no puede dejar de serle fiel. Razón de vivir, cada aliento de Violeta impregna sus versos. No hay duda en aquello que quiere decir, es sabido tan profundamente en su ser que la reflexión es un desborde emocional incontenible. De pronto, y sin resistencia, vemos a Violeta convertida en canto, en voz, una voz necesaria, imperiosa, dolida pero convencida de su poder. Entonces, se vuelve una voz imperativa, enérgica, decidida, como deben serlo los actos del guerrillero, como lo era Rodríguez, Manuel. Como debe serlo la voz guiada por un propósito ineludible.

Violeta explicita el sentido de su canto, dice "y no tomo la guitarra/ para conseguir un aplauso/ yo canto la diferencia/ que hay de lo cierto y lo falso./ De lo contrario,

no canto”. No es un versear en vacío, no hay un sentido lúdico, ni la consumación del placer individual de la creación estética, para 'hacer' algo como esto Violeta no canta. Dice: “si yo levanto mi grito/ no es tan sólo por gritar”. Y simplemente por eso, porque para Violeta cantar es un **hacer** y un hacer responsable, comprometido, tan comprometido que tampoco se hace entre susurros, sino a viva voz, desgarradoramente, es un grito. Desgarrador, sale de un pecho “con el corazón crecido/ de pena y de sufrimiento”. Titula, Violeta, su canto **La denuncia** y no sabe que su canto- acto es mucho más que eso, Violeta se ha quedado corta, ha minimizado su labor, la denuncia es sólo el comienzo. Esta denuncia es el inicio, sólo un puntapié inicial para lograr su revolución: Violeta canta “pa' condenar al villano/ que tengo por enemigo”. Pero esta revolución no tiene manos que la pongan a andar. “Hace falta un guerrillero”, enuncia, “debería haber quinientos/ pero no hay ni uno que valga/ la pena en estos momentos”, “ni obrero ni montañés/ soldados hay montones,/ ninguno como Manuel”. La patria ha quedado desprotegida, no hay manos seguras que sepan lo que deben hacer, el guerrillero, entonces, debe aún nacer. Para concretar la revolución es necesario hacer un tributo, el más necesario, entregar la carne, lo que no tiene precio, y es necesario hacerlo con felicidad, sabiendo por qué se lo envía, “cuando nos venden la patria/ como si fuera alfiler/ quiero un hijo guerrillero/ que la sepa defender”. El tributo de una mujer que siente la revolución, que tiene un propósito claro hablando por su boca, desbordando su canto. “La patria ya tiene al cuello/ la soga de Lucifer”, es un dolor que siente en la sangre, es un dolor que no se puede negar. Dice: “No puede ni el flamante/ pasar en indiferencia/ si brilla en nuestra conciencia/ amor por los semejantes”. Entonces la patria necesita del fruto de su cuerpo, nadie mejor que ella, nadie mejor que una mujer para saber de este tributo y nadie mejor que una mujer para saber crecer en su interior al salvador de su patria. Y la reminiscencia a María sabiendo que en su interior se gestaba el Jesús de los pobres no es involuntaria ni inocente. Está en la esencia de su género el símbolo de una misión, la mujer en la historia de las revoluciones que se instaura con la María israelita. Sólo un hijo puede cambiar la historia, la mujer sabe de la esperanza que crece con el hijo en el vientre. Y el tributo, para Violeta, que se hace a la patria debe ser el mejor, de por sí perfecto, luminoso y bello: “brillante como un clavel/ ligero como los vientos/ (...)/ el máspreciado laurel”.

En **La denuncia** dos ideas se perfilan. Por un lado la concepción de la 'función', la 'fiesta' y por otro, la denuncia misma como macroacto de habla inscripto en todo el recorrido que podemos hacer de esta selección. La 'función' 'larga y triste' de Violeta inscribe la idea de representación, de ficción, un rodaje, un montaje que ella intenta desbaratar. Un montaje terrible con una finalidad clara y bien instrumentada por los sectores de dominación. La 'función' como espectáculo de distracción, el pan y el circo que aplaca las masas se instala en el concepto de 'fiesta', la fiesta de la ironía, es la concepción que desarrolla en los demás poemas y más directamente en **Yo canto a la diferencia**.

La denuncia como propósito discursivo se erige contra 'el villano'. Ella posee la prueba para condenar a este villano, tiene este propósito, usarlas en su contra. Entonces canta, canta para desatar nudos, desatar los nudos de sufrimiento de su pueblo oprimido por el villano, por ello su canto es un disparo, 'aquí va el primer disparo', dice, su canto no puede quedarse en el lamento, en la simple denuncia, debe golpear, es un canto que hace revoluciones, es un arma para la libertad, un arma que destruirá al villano que esclaviza a su pueblo. El motivo de esta embestida, de esta denuncia es la imposibilidad de mantenerse indiferente. No es posible la indiferencia no puede mantenerse indiferente ante “tanta criatura/ peleando ya en este infierno”, 'este infierno', cercano a ella y a todos. Es preferible morir antes

de seguir impassible ante el 'ejemplo' de estos niños. Ejemplo porque ellos luchan, no tienen opción, sólo luchan por sobrevivir en este infierno.

Es una mujer que le habla a la 'conciencia' y al 'amor' que debemos sentir por los semejantes. Ella siente ese amor en su conciencia y por eso sabe que no es posible la indiferencia. No es posible, asegura, no pensar sin preguntarse si tenemos amor por nuestros semejantes, no es posible porque el dolor es 'oprobioso', es una 'infamia' y por infame es público. Lo infame lo es ante los ojos de otros, por su propia inherencia, lo infame no puede ser individual, es una instancia pública. Se pregunta lo que no tiene respuesta, "si la justicia en la vida/ existe pa' los rotosos". Es una pregunta retórica y como tal sólo tiene la finalidad de movilizar, como todo en ella, tiene la finalidad de movilizar, que se convierta en acción. La simple argumentación es quitarle tiempo de acción. La palabra es un disparo a la acción combativa. El sufrimiento y la falta de esperanza le pertenecen también. Necesita una guía como los demás. Esa guía no está en las iglesias, los templos. El que posea la luz, el que ilumine su camino, el camino de Violeta es el camino sin esperanza de los pobres.

Las denuncias se hacen con valor, a viva voz. Las verdades se dicen, se cantan en presente y en primera persona. Pero para Violeta la verdad, las mentiras no están ocultas, no son a ellas a las que debe cantar. Es más, no es posible para alguien desconocerlas, son evidentes, son innegables. Lo que Violeta canta, grita es 'la diferencia'. Yo canto a la diferencia, dice, ¿qué diferencia canta? Su canto es un sacudón para despertar al que se esmera en cerrar los ojos. No le canta a la verdad ni a la mentira sino a la 'diferencia' entre ellas. Porque la verdad y la mentira son innegables, evidentes ('No puede ni el flamante/ pasar en indiferencia') pero la diferencia entre ellas es lo que motiva la lucha, la diferencia entre ellas le da sentido a la revolución. Despertar, mirarlas de frente y decidirse a tomar el propio destino en las manos, pelear por él, ser el protagonista. Violeta no tendría nada nuevo que decir si cantara a la verdad, porque sus palabras, su canto está dirigido a la acción, a movilizar al que despierto, se hace cargo de defender lo que cree, de defender su destino. Entonces, ¿quién es el destinatario del sacudón de la voz imperativa de Violeta? Dice, 'les voy a hablar' y su acto discursivo es una interpelación directa, 'atención al auditorio', no hay medias tintas ni tiempo que perder. El llamado es a la acción, a despertar y hacer. Violeta cree que la revolución debe hacerse entre todos, la revolución deben hacerla los que sufren. No espera voluntades milagrosas, culpas reconocidas de los victimarios. Ella sabe que la fuerza está en el pueblo y a él le habla. Le habla en su idioma, 'a la chillaneja'. Y la chillaneja es un lenguaje pero también es una postura, una posición de lucha, no siempre la que arranca aplausos pero sí la que hace diferencias. Porque en el pueblo está la diferencia, esa diferencia tan poderosa entre 'lo cierto y lo falso', la fuerza que desata revoluciones. Abrir los ojos, valorar la verdad y animarse, Violeta sabe que es dolorosa pero es una expiación y una liberación. Aceptar la verdad es 'tragarse la purga' y dejar que luego de que el dolor nos retuerza los intestinos, todo, lo más despreciable e inmundado salga y nos depure. Es molesto reconocer, abrir los ojos.

Los destinatarios de las palabras de Violeta varían y con ellos la intención del acto enunciativo. En todos los casos la interpelación es directa, con vocativos ('Afirmo, señor ministro', 'Por eso, su Señoría', 'Podría, su Santidad', 'atención al auditorio') o con verbos en imperativo, ('Levántense de la tumba/ hermano...!', 'Miren como sonríen/ los presidentes'). Los actos enunciativos de Violeta según el destinatario son diferentes. La provocación es el acto enunciativo para dirigirse a los agentes sociales. Los enfrenta con sus palabras crudas, no teme decirles de frente las verdades que piensa: 'Afirmo' le dice al ministro, sin dudas, sin

intentos de justificación ante el poder devenido de los títulos, títulos que tampoco teme nombrar con claridad. Son los títulos los que se asocian a funciones sociales que no se cumplen y por ello, Violeta, ataca el título. 'que se murió la verdad./ Hoy se jura en falso/ por puro gusto no más' y esta afirmación es una denuncia hecha en la cara del responsable. '¿Podría, su Señoría/ oírme una palabrita?' le dice al vicario. Punzante es la acusación, 'los niños andan con hambre/ les dan una medallita'. El vicario, como todos estos agentes sociales, esconde en grandilocuentes actos de representación la inutilidad, la incapacidad, la falta de voluntad para cubrir las necesidades auténticas, más vitales de los desprotegidos. El vicario, la figura más emblemática como representante del rey de los pobres, se hunde en los mismo engaños y juegos de la 'fiesta'. 'su Señoría' recibe de Violeta una advertencia, 'hay descontento en el cielo,/ en Chuqui y en Concepción', el silencio de la naturaleza yerma, muriendo, sólo se hace eco del dolor de este 'Centenario' todo 'fiesta' y todo aturdimiento, todo ruido para cubrir los verdaderos sonidos, el verdadero clamor.

Cuando el destinatario es su pueblo, el acto enunciativo es más complejo. Violeta comprende que la situación es más difícil con el pueblo. Entiende que es un pueblo temeroso, que se deja engañar, que elige no escuchar ('Sus gritos llegan al cielo/ nadie la habrá de escuchar/ en la fiesta Nacional'), es un pueblo que se cree el engaño, ('el dieciocho más elegante/ la bandera es un calmante'), se deja aturdir, adormecer. Es más sencillo dejarse cegar por el colorido de los festejos, la gritería de los clarines y bayonetas, es más fácil dejarse hundir en la 'mala fiesta' de 'juramento a la bandera', un 'tricolor las cadenas', juramento vacío y sin sentido, sin el verdadero sentido que tenía para los héroes de la revolución. Un juramento que sólo es el sonido de la esclavitud. Es un auditorio difícil, porque es un auditorio que se resiste, que no quiere porque duele, porque es molesto. Es un auditorio que por temor, por flaqueza se niega a ver lo que es evidente, se niega a cambiar, a reconocer 'la diferencia'. Violeta sabe que a este auditorio no hace falta decirle verdades porque ya las conoce pero, el problema, ha decidido no aceptarlas. Violeta pide disculpas, 'perdóneme el auditorio/ si ofende mi claridad' pero su deber revolucionario es decirlo, debe darle 'el purgante' incómodo, doloroso de la diferencia que hace diferencia. Sólo en esa diferencia entre 'lo cierto y lo falso' es posible la revolución, el cambio. Sin embargo, ella sabe que es un pueblo que por su obstinación no levantará los brazos para defender la patria, una patria que está en venta que tiene 'al cuello/ la soga de Lucifer'. No hay quien la defienda, no hay quien se levante con los valores heredados por Manuel Rodríguez. Para Violeta son 'cobardes' que no saben 'amar y corresponder'.

Este auditorio se confunde con una de sus concepciones de patria. Hay dos patrias en Violeta, una dolorosa, conformada por hombres y mujeres que sufren, que se duelen silenciosamente, sumisamente. Un patria conformada por sus 'semejantes'. Los semejantes por los que siente 'el corazón crecido/ de pena y de sufrimiento', es su 'pueblo afligido'. Es el semejante que padece silencioso, que teme reconocer la verdad tan evidente, porque teme enfrentarse a ella, jugarse la vida, porque reconocer la verdad como tal implica de por sí un acto de revolución. Violeta se dirige a esta patria para sacudirla, para darle una 'purga' que la obligue a limpiar sus impurezas y le permita la libertad. Es una patria que cierra los ojos pero que también se deja envolver y engañar con los fingimientos de los poderosos. Se deja silenciar con falsas solemnidades. En este sentido, 'fiesta' es para Violeta 'farsa', 'engaño', 'representación', hacer juramentos, hondear las banderas de una patria que se miente feliz. Esta patria da la espalda, es una patria de pobres que se dan la espalda entre sí por temor a tener que actuar ('encontrar lo que su hermano/ en este mundo le quita', su hermano no

escucha/ la voz de su corazón')

La otra patria de Violeta es una patria anhelada, la patria distante que no corresponde al amor de su pueblo. La patria deseada pero que no llega nunca. Atada por el poder 'enemigo'. Es la patria vendida como 'si fuera un alfiler', con la 'soga de Lucifer' al cuello. Es la patria lejana, inalcanzable y a la vez una ficción de 'mala fiesta' para el pueblo.

A su pueblo, Violeta lo interpela en imperativo y espera como respuesta un hacer que de por sí es revolucionario, 'miren', enuncia en **Miren cómo sonríen los presidentes**, sugiere, increpa. Pero mirar implica un acto revolucionario, mirar es un sinónimo de 'despierten', 'escuchen', 'hagan', 'cambien el estado de cosas', 'defiéndanse', 'hagan la revolución'. Mirar es hacerle frente, es luchar.

¿Quién es el 'villano'? El 'enemigo' de Violeta es el enemigo del pueblo, ella tiene en sus manos las pruebas de su villanía. Señala, 'Miren cómo sonríen los presidentes', los presidentes suponen una organización gubernamental que se ramifica en agentes sociales. Esta organización mentirosa detenta el poder por la fuerza o por el engaño, manteniendo al pueblo sumido en la semiconciencia, adormecido, aturdido por gestos grandilocuentes de patriotismo que actúan como 'calmante'. El calmante es el control, es el pan y el circo para un pueblo que no reacciona ante los verdaderos clamores de dolor, los gritos de 'la Luisa' que 'llegan al cielo' pero no son oídos en la tierra. Los clarines, los estruendos del festejo en las arenas de la patria tapan los verdaderos sonidos del pueblo 'afligido'. 'Por un reguero de sangre/ mañana irá el cádillac', el reguero que deja la patria, el reguero que dejan los soldados al pasar. Los presidentes, los sindicatos juran, prometen y redoblan las promesas ante los inocentes, los débiles, los que se dejan engañar y sólo obtienen 'después del voto/ doble tormento'. Este poder se sustenta en el miedo y en la ostentación de fuerzas de los carabineros, de los soldados de charreteras y botas lustrosas, vestidos de escopetas que se agigantan ante la mirada aterrorizada del pobre. En lo más nimio, debe saber el pobre, que no tiene posesión, su 'marroqueta' no le pertenece si así no lo dispone esta fuerza omnipresente que lo controla todo, que en todo tiene incidencia. Presidentes, sindicatos, candidatos, carabineros, cabo, sargento, hipócritas de sombreros y pieles, funcionarios que conforman estos órganos de poder, agentes sociales que detentan el poder oprimiendo a un pueblo a base de falsas promesas y ostentación de fuerzas. Estos agentes sociales y su indiscriminada política de terror se hallan sustentados en la tierra por la autoridad del cielo, donde el pobre vuelve su ruego. La iglesia se cafabula y se sirve del último sustento del pobre: la esperanza, el alimento de los pobres, es también manipulado por la vanidad y el ansia de poder de una organización histórica muy fuerte, con un aparato ideológico basado en el aspecto más vital del hombre, su mundo espiritual. Cuando todo ha fallado, el pobre en su desesperación y en su debilidad para lograr cambios en su destino vuelve 'la vista', 'la voz', esperando que en su vida más allá de esta vida se encuentre lo que en esta no puede encontrar. Su dolor se hace ofrenda, su tristeza, su miseria, en espera de la recompensa de una felicidad que en esta vida se le niega. Es un poder muy grande el que le ofrece al confesor, se le ofrece poner sus manos y moldear el interior de aquel ser que voluntariamente se entrega en busca de una última razón para continuar con esa vida de sufrimiento. Sólo se pide, una razón, un fundamento que explique lo que los que a su lado, los que deberían hacerlo, no explican. Por voluntaria, es una entrega poderosa, no hay resistencia, no hay temor por lo tanto no hay oposición, lo que se le diga será aceptado. Entonces, el confesor, brutalmente, hace uso de ese poder. Lo brutal se halla en la desprotección, en el abuso perpetrado sobre la confianza, sobre la persona que se somete

porque confía en que se trata de una persona que no lo dañará porque su investidura implica eso. La iglesia es la que resguarda la vida espiritual de las personas y por ello, la persona entrega esa vida espiritual. El confesor 'para seguir la mentira/ (...) le dice que Dios no quiere/ ninguna revolución, / ni pliegos ni sindicatos,/ que ofenden su corazón', el confesor, con el arma más poderosa que se pueda tener, sirve a los propósitos de los sectores sociales detentadores del poder, con fines muy terrestres y con los escrúpulos más terribles, le sugiere que debe ofrendar su esclavitud como precio de la vida más allá. Manipular la esperanza de los pobres es la brutal función de estos órganos de opresión, la iglesia tiene mecanismos antiguos y bien instrumentados para ello, sirva 'de tiempos inmemoriales/ que se ha inventado el infierno/ para asustar a los pobres/ con su castigo eterno' y al fin y al cabo, no es más que valerse del terror para someter.

La revolución es un deseo en Violeta que su pueblo no puede cumplir, es el estado de cosas de **Hace falta un guerrillero**, escondiendo la cabeza entre las mentiras de los poderosos, no es posible ver realizado el sueño de una patria para los pobres. Es un deseo heredado de los principios revolucionarios que con vítores falsos dicen recordar los cádillacs que avanzan por los regueros de sangre, los juramentos falsos de soldados que 'hay montones/ ninguno como Manuel'. Los principios de libertad se juegan en la patria vendida por este enemigo, que dice 'hermano' y que sólo es un 'villano', que sólo tiene sed de poder. Esos principios que deberían estar vivos en 'la fiesta nacional' pero que sólo es un 'Centenario del dolor'. Ya no hay en la tierra quien defienda la patria como lo hacían aquellos guerrilleros de la revolución, por eso, ella desea y entiende que sólo su hijo puede nacer como una esperanza de futuro para salvar a su pueblo de la opresión. El hijo es la esperanza, es el futuro, es la posibilidad abierta de que nazca en los corazones de su pueblo la revolución. Una mujer que con sus manos vacías no puede más que ofrendar su canto, un canto punzante, un canto que intenta liberar, 'desatar nudos' de dolor y esclavitud, puede saber lo que significa la esperanza del hijo por nacer. Y con el hijo ofrece todo, la vida y la carne, la razón, el hijo, su cuerpo al servicio de la revolución. Porque 'la patria ya tiene el cuello/ la soga de Lucifer,/ no hay alma que la defienda/ ni obrero ni montañés', ella ofrece a su hijo, el fruto de su carne para que 'con una espada en la mano/ y el corazón de Manuel/ para enseñarle al cobarde/ a amar y corresponder'.

¿Cómo es el sufrimiento de su pueblo? El sufrimiento de su pueblo se despliega en múltiples expresiones de los sentidos. Es la tiniebla cuando debería haber luz, donde se promete la luz, la oscuridad que se alarga más, se profundiza más allá donde debería brillar más el sol. Las noches 'son crudas' y las criaturas pelean por sobrevivir desde siempre, dice 'peleando, ya' y ese 'ya' señala un tiempo interminable y eterno de lucha, un tiempo que se extiende por los años, por las décadas y los siglos. En su sufrimiento, un sufrimiento injusto, inmerecido, 'se les niega hasta la luz' y cuando sale el sol y 'el aire es puro', en realidad, el miserable sólo ve que 'el sol es oscuro', oscurecido por el sufrimiento sin fin, 'y va caminando a tientas' sin un lazarillo que los guíe, quién podrá alumbrar, cambiar las imágenes de los sentidos espejos de dolor. Entre la oscuridad, sólo los rojos, el rojo de la sangre derramada, aparece por los caminos bajo las ruedas del cádillac, bajo las botas de los soldados al avanzar. 'El pobre vive en silencio', entre los sonidos estridentes de los 'tambores/ clarines y bayonetas'. La Luisa grita esperando maternidad y sus gritos son silenciados por la algarabía falsa de 'la fiesta nacional'. En los oídos del pobre sólo suenan las falsas promesas, los juramentos vacíos, los vítores que cubren y ocultan los verdaderos sonidos de la patria sufriente. Entonces, el pobre levanta la voz al cielo para ser oído, levanta la vista para ver lo

que tiene, y escucha y cree que de sus alabanzas y sus súplicas el sol brillará también para él. Pero la respuesta que tanto espera llega como una mentira que lo ata aún más, sólo obtiene de sus ruegos 'un bozal'.

Dice Voloshinov, “la obra poética es un poderoso condensador de evaluaciones sociales, las que organizan las formas artísticas, como su directa expresión. Las evaluaciones determinan, ante todo la elección de las palabras por parte del autor, y el hecho que el auditorio tome conciencia de ello. Porque el poeta no elige sus palabras en el diccionario, sino que las toma de un contexto vivido, donde han madurado y se han impregnado de evaluaciones” (1) Si esto es así, lo es mucho más en Violeta, y lo es en un sentido militante. Voluntad de hacer, de acometer, de darle un sentido íntimo a su canto, el sentido del cambio, de la lucha activa para modificar una realidad que siente, que duele, que *vive* en su piel. Involucrada en el sufrimiento de su patria, con la fuerza de un guerrero que se pone en pie de batalla y la comprensión maternal de la mujer que abraza a su pueblo desprotegido, grita melodiosamente con su voz de cristal, clara, delicada y firme, la inclemencia de la frialdad de los gobernantes, de los hipócritas, de los abusadores que dominan y oprimen por hambre de poder. Dijimos que su canto es un arrebato. Ante una realidad desgarradora de niños viviendo en infiernos de hambre y de vicios, ante la falta de futuro, ante la debilidad de un pueblo que baja la cabeza, ante las botas brillantes que pisan los regueros de sangre de los pobres, no se permiten falsas delicadezas ni tibios intentos, es una mujer decidida que toma la voz y pone el pecho como lo hace una madre que defiende a su pequeño sostenido de las polleras. Es la vida, es el futuro, es la esperanza, es todo lo que tiene sentido en la vida, lo que se defiende, no hay posibilidad de hacerse el desentendido.

En este desandar por la tragedia de los pobres oprimidos se van gestando estos poemas, 'largo y triste discurso', dice, y el llanto de Violeta es contagioso, se hace parte nuestro y nos empuja. La voz de Violeta es imperativa porque es sufriente y nos lleva, nos llena, nos involucra, nos embiste, no es posible, 'si brilla en nuestra conciencia/ amor por el semejante' que olvidemos, que la olvidemos.

Bibliografía

1. VOLOSHINOV, V. *El discurso de la vida y el discurso de la poesía. Contribución a la poética sociológica*. Vzda, 1926. p. 244- 267

http://es.wikipedia.org/wiki/Violeta_Parra

<http://www.violetaparra.scd.cl/>